



# CORÍN TELLADO

VENGAS EN MÍ  
TU DOLOR

De origen humilde, Alan Gorman es la clase de hombre que se ha hecho a sí mismo. Sus empleados saben que su carácter hosco esconde un corazón de oro. Y aunque todos los potentados le admiran y valoran, unos pocos, llenos de aristocráticos y caducos prejuicios, siguen sin aceptarle en sociedad. Pero lo que nadie sabe es que el alma y el orgullo de Alan quedaron mortalmente heridos cuando fue rechazado por Debbie, la primogénita de los Dawson, los más importantes nobles de la zona, amigos de siempre del fiel Alan. Ahora, tras años de despecho silencioso, él va a tener por fin la oportunidad de vengar su dolor en Sophia, la hija pequeña que acaba de regresar al hogar hecha una hermosa y apasionada mujer.

*En este mundo, los errores se pagan  
como si fuesen crímenes.*

PALACIO VALDÉS

# A modo de prólogo

**M**ister Ketter atisbo por el amplio ventanal de la oficina.

—¿Ya ha visto usted, Alan? —preguntó sin volverse—. Han llegado los Dawson. Sin duda se está iniciando la primavera. Desde hace muchos años, no necesito ver el almanaque en estas fechas para saber en qué época del año vivimos. Cuando el palacio de los Dawson se abre, es seguro que está iniciada la primavera.

Dejó de atisbar.

Giró sobre si y se apoyó en el ventanal abierto, de cara al interior.

—En esta parte del mundo, uno se olvida que más allá hay civilización —comentó riendo—. La llegada de los Dawson nos trae un poco de vida —lanzó una mirada en torno hasta que esta recayó en la muda y corpulenta figura de Alan—. ¿De qué estábamos hablando. Alan?

—De nuestra sociedad —apuntó Alan secamente.

*Mister Ketter* pasó los dedos por la barbilla y, sin moverse, decidió encender un cigarrillo.

Fumaba poco, pero cuando miraba a Alan con la pipa apretada entre los dientes, fumando con tanto deleite, le entraban a él unos locos deseos de fumar.

—Mañana —dijo, chupando el cigarrillo— sin duda tendremos por aquí a *lord* Dawson. ¿Qué le parece a usted *lord* Dawson, Alan?

—¿A mí?

—Sí. Le vi el año pasado charlar mucho con él. Es más, ha ido usted de caza con él, y hasta le vi más de una vez cabalgando con una de sus hijas.

—Ya.

No había que esperar que Alan dijera mucho más.

Era hombre cerrado, parco en palabras. Trabajador si lo había, pero apenas alternaba. Se pasaba la vida en su hermosa cabaña, no lejos de las minas de hierro, en los bosques, con el morral al cinto y la escopeta al hombro, o bien en aquella oficina, o metido en la propia mina, bregando como un obrero más.

¿Cuándo conoció él a Alan?

Sonrió de modo raro. ¿Lo conocía acaso?

No. A Alan no era fácil conocerlo jamás. Pero... era un hombre que inspiraba confianza. Para el trabajo, al menos, sí. Para lo demás...

*Mister* Ketter se alzó de hombros.

Era muy viejo para reflexionar hondamente, ni siquiera para preocuparse mucho de su joven socio.

Se volvió hacia el ventanal y lanzó una mirada suave hacia el palacio de los Dawson.

Buena persona *lord* Dawson. Y excelente *lady* Margaret. Estupenda la joven Debbie. Muy distinguida, muy de su raza. Una raza depurada que todo el mundo conocía en el condado de York.

Había otra hija, la menor, interna en un pensionado suizo. A esa no la conocía. Pero *lord* y *lady* Dawson hablaban mucho de ella. Quizá aquel año la pequeña Sophia estuviera con ellos.

—Alan —murmuró de nuevo—. Es posible que esta noche pase a visitar a los Dawson —se volvió rápidamente—. Ya sé que en el centro de Leeds son gente muy importante,

a la cual apenas si se les puede abordar. Pero aquí, en este valle..., resulta gente muy sociable. Nunca podré olvidar que hace casi treinta años, cuando yo era un don nadie, fue el padre de *lord Dawson* quien me vendió este pequeño terreno —emitió una risita—. Gente elegante, que hasta para perder lo hacen con distinción. Recuerdo que cuando me di cuenta de que podía explotar este terreno, en cuyas entrañas estaba el hierro, fui a comprar más. *Lord Dawson* no tuvo interés alguno en negármelo. Me lo vendió con la misma elegancia que me dijo: «Ojalá te sirva de algo, pequeño Patrick». ¡Vaya si me sirvió! A los tres años estaba explotando la mina de hierro y *lord Dawson* vino a visitarme, riendo. «Has hecho una buena cosa, tunante», me dijo. Yo me sentía avergonzado. Creí que iba a insultarme, pero en seguida me di cuenta de que me las veía con todo un señor.

Suspiró.

Volvió la mirada hacia la inmensa mansión de los Dawson.

—¿Se ha fijado. Alan?

Alan seguía chupando su pipa.

—Todo el valle es suyo, y, sin embargo..., siempre tan sencillos.

Alan quitó la pipa de la boca y la sacudió en el cenicero. Después procedió a llenarla con indiferencia.

—Yo digo —siguió Patrick Ketter con voz temblona y emocionada— que cuando se nace, se nace de verdad. Nosotros no sabemos lo que eso significa.

—¿Significa, qué? —preguntó Alan con voz alterada—. ¿A qué se refiere usted?

—A los Dawson. Nunca sabremos ser así, Alan. Así, tan señores como son ellos. Pero tenemos acceso a su casa. Es lo que más me maravilla, que dos patanes mineros entren en ese palacio como si fuese su propia casa.

Alan apretó la pipa entre los dientes y giró en redondo.

Era un hombre joven, no más de veinticinco años, aunque bien pudiera calcularse más, por el crespón de sus cabellos, por la tez bronceada, por las arrugas que se formaban en su frente y en torno a los ojos, por el rictus duro de sus labios, por la mirada aguda de sus ojos.

Era alto, firme, corpulento. Sin elegancia, pero con una virilidad extraordinaria. Gustaba a las mujeres. Gustaba mucho, él lo sabía. Cuando bajaba a Leeds en su *jeep* y se iba a una *boite* de moda, o simplemente a una cafetería, las mujeres se volvían hacia él, y si él las sonreía, ya estaba asegurada una conquista.

Soberbio y altivo, duro y firme. Alan era muy conocido en todos los círculos sociales de Leeds, cuanto más en aquella comarca donde vivía perdido entre los valles y las montañas.

—¿Adónde va usted, Alan?

—A trabajar.

Y salió sin esperar respuesta.

A aquella hora de la noche, Alan pasaba a tomar el café con él y a jugar una partida.

Era una vida triste. Pero Patrick Ketter, a sus sesenta y tantos años, ya no pedía más. Desde muy joven se habituó a vivir allí, y llegó un momento que ni siquiera bajaba a Leeds los domingos. No se casó nunca, y si bien no amasó una gran fortuna, tenía lo suficiente para vivir y aquella mina, importante en todo el país. La mina era su orgullo. Muchas veces, a solas consigo mismo, se preguntaba qué haría con ella cuando muriese. No tenía parientes ni casi amigos, excepto los Dawson, y a Patrick, hombre inteligente y cabal. No se le escapaba que la amistad de los Dawson era únicamente relativa.

Claro que tenía a Alan...

Eso es. Alan fue para él una estupenda adquisición. Cierto que no era hombre muy comunicativo, pero él lo co-

no sabía un poco y sabía que bajo su capa ruda se ocultaba un hombre humano y magnífico.

Aquella noche, Patrick Ketter estaba de un sentimental subido. Cuando vio llegar a Alan, sus pequeños ojillos se animaron.

—¿Sabe usted. Alan? Tengo ganas de tomar un *whisky*.

Alan se derrumbó en una butaca y fumó aprisa.

—No le conviene —dijo secamente—. Tiene usted la tensión arterial muy alta.

—Precisamente por eso. El *whisky* no la altera en absoluto.

—Aun así —cortó Alan—. Yo no se lo sirvo.

Mister Ketter se echó a reír, poniendo una mano en la rodilla de su joven compañero.

—Gracias, Alan. Por lo visto, no te interesa que me muera.

—¿Por qué había de interesarme?

—¡Qué sé yo! Eres hombre ambicioso y pudiera ser que a la hora de mi muerte me sintiera sentimental y te dejara la mina.

Alan parpadeó.

—Me basta con mi trabajo.

—¿Recuerdas cuando llegaste aquí. Alan? Tenías quince años. Sí, señor. Vestías un pantalón remendado y una camisa casi hecha jirones. Entraste en mi oficina y me miraste con esos ojos tuyos tan hondos, que nunca se sabe lo que ocultan.

—Soy claro —rezongó Alan.

—No lo creas; pero es mejor que tú mismo pienses así. Recuerdo bien que me dijiste: «Soy irlandés, me llamo Alan Gorman y no tengo trabajo ni parientes. Llegué aquí en una camioneta de la mina. La vi en la calle en Leeds y me dije: "Vete a donde ella vaya". Y aquí estoy. ¿Puedo quedarme? ¿Me da usted trabajo?».

Se echó a reír.

—Me lo dio —cortó Alan.



—Tenía que dártelo. Me recordaste mi juventud. Yo era un tipo como tú, aunque más sociable, más abierto, nada soberbio.

—Yo no soy soberbio.

—Si no fueras soberbio y altivo con esa energía tan indescriptible, nunca hubieses llegado a donde llegaste a mi lado. Alan. Te estoy tuteando. Alan. ¿Puedo seguir haciéndolo? Hace mucho tiempo que lo deseo, pero, la verdad, nunca me atrevo a grandes cosas contigo.

—Puede tutearme —admitió Alan secamente.

—Gracias. Entraste en la mina como simple peón. No te perdí nunca de vista. Ni siquiera inclinado y metido en esos agujeros perdiste tu compostura ni tu soberbia. Eso era bueno. Tenías dotes de mando, y un día, dos años después, te nombré capataz. Más tarde te di unas acciones y fuiste como un león defendiendo sus cachorros: La mina prosperó.

—Podía prosperar más —adujo Alan con la misma sequedad— si me dejara implantar alguna innovación.

—Eso cuando yo muera. ¿Sabes lo que estoy pensando. Alan?

—No, señor.

—Cuando me sienta morir, te haré el traspaso de mis acciones. Tengo tres veces más que tú y carezco de herederos.

Alan se puso en pie y derribó la silla.

—¿Cree que vengo a entretenerle para que me haga su heredero?

—Eh, muchacho, ¿adónde vas?

—A pasear. Hace una noche espléndida.

—Ven acá, testarudo.

Alan se plantó en la puerta.

Su cetrino rostro tenía como una dura crispación.

—Seré ambicioso y soberbio —dijo rudamente—, pero no deseo que se muera. Ni ambiciono sus acciones. ¡Maldita sea, no!

Patrick Ketter ya lo sabía.

Sabía, además, que bajo la capa ruda se encontraba un hombre de corazón. ¡Ojalá nunca se perdiera aquella buena semilla tan bien oculta!

—Ven a jugar —dijo, apaciguador—. Te prometo no recordarte nuestra situación. Pero permíteme que te diga que me gusta que estés aquí, en esta parte del valle, y te sientes frente a mí, y pensar que algún día podrás gobernar estas minas y hacerlas prosperar.

Alan se sentó y chupó con rabia de la pipa.

La elegante amazona se detuvo, atisbando el valle.

Oía un ruido raro. Raro, quizá no. Desusado en aquella parte rocosa, al margen del río que partía la pradera.

Era como un canturreo. Y a la par como si un caballo relinchara entre los arbustos. Agarró fuertemente las riendas y condujo su «pura sangre» en aquella dirección. Casi inmediatamente vio un hombre tendido en el césped, con una gorra tapándole el rostro, vistiendo ropas de montar, altas polainas color marrón y calzón de pana parda. Una camisa a cuadros y una zamarra de piel haciendo de almohada.

Un caballo de pelambrera blanca pastaba a pocos pasos.

El durmiente, como si presintiera la proximidad de la amazona, quitó la gorra de los ojos y de súbito dio un salto y quedóse de pie.

—Miss Debbie —exclamó ahogadamente, con ronco y extraño acento.

La joven se echó a reír.

—Pero si es Alan. ¿Cómo estás. Alan?

Alargaba la mano enguantada.

Alan se la apretó con fuerza. Con una extraña y honda fuerza.

—Bien, miss Debbie. ¿Y usted?

—Yo, estupendamente. Hemos llegado ayer. Papá dijo esta mañana, a la hora del desayuno: «Tendré que ir a buscar a Alan para que me enseñe los rincones donde hay caza».

—¿Cómo están *lord* y *lady* Dawson? —preguntó, soltando los dedos enguantados.

—Estupendamente. Ya estamos en el valle. Alan, y creo que esta vez por todo el verano. Nos encanta este lugar. Además, papá está muy cansado de sus oficinas. Ha dejado todos sus negocios en poder de los empleados. Dijo que no iría por Leeds ni Liverpool en todos estos meses.

Saltó del potro y buscó con los ojos dónde sentarse.

—Aquí —dijo Alan rápidamente, poniendo la zamarra sobre una piedra—. No es un sillón muy confortable —dijo—, pero... es lo único que puedo ofrecerle.

Debbie sonrió.

Era una muchacha alta y delgada, de gran elegancia. Tenía el cabello rubio y los ojos verdosos. Su suavidad y sencillez cautivaban. Alan lo sabía ya de otros años. Todos allí. Más o menos meses, pero...

—¿Qué me cuentas. Alan? ¿Qué tal el invierno aquí? Por Navidad estuvimos unos días. Vimos a *míster* Ketter, pero a ti, no. Nos dijo que te hallabas en Liverpool por asuntos de vuestros negocios. Ya sabemos que eres socio de *míster* Ketter. Papá se alegró mucho.

Alan no decía nada.

La escuchaba.

La miraba ansiosamente.

De súbito se inclinó un poco hacia adelante. Tenía la gorra apretada entre los dedos y una extraña ansiedad en la mueca de sus labios.

—Quisiera... quisiera... decirle algo.

—Dímelo, Alan —sonrió ella animándole, con la mayor sencillez.

—La amo.

Así.

Debbie se estremeció.

—Alan..., te has vuelto loco.

—Por ti, sí.

No esperaba aquello. No deseaba causarle daño, pero la verdad era que le costaba mantenerse tranquila.

Se echó a reír.

Fue una risa alegre y divertida.

—Alan..., no hablarás en serio.

—Te quise desde que te conocí.

—Pero... ¿sabes cuánto tiempo hace de eso?

—Sí —admitió Alan, reconcentradamente—. Mucho, ya lo sé. Pero nunca me atreví hasta hoy. No sé por qué me atrevo hoy. ¿Por qué? Al fin y al cabo eres una mujer y yo soy un hombre.

—Pero... eso es absurdo.

—¿Porqué?

—Nuestra vida social, económica... Nuestros principios... Todo nos separa. Además, yo nunca... nunca...

Alan extendió la mano y sus dedos cayeron como garfios en la muñeca femenina.

—Alan —gritó ella—. ¿Qué haces? ¿Has enloquecido?

—No me humilles diciendo que eres diferente. ¿En qué? —gritó, exasperado.

—No te reconozco. Alan. Siempre fuiste un chico respetuoso.

—Eso es. El vasallo... Se acabó, Debbie. Todo el invierno estuve pensando en ti. Todo el invierno estuve pensando en decirte esto. Yo te amo y quiero que te cases conmigo. ¿Por qué no? —chinchó el pecho—. ¿Qué me falta? Tengo dinero y soy joven y tengo derecho a encontrar la felicidad. Tú eres una aristócrata. ¿Y eso qué importa? A la hora de amar, todos somos iguales. Unos amamos más que otros, pero no dejamos jamás de ser hombres y mujeres.

—Alan, no quisiera ofenderte, pero ¿puedes soltar mi muñeca?

Alan la soltó, pero se la quedó mirando con sus ojos como fogonazos.

—Yo le hablaré a tu padre, si es que tú no te atreves —dijo, calmándose—. Te amo como un loco y no estoy dispuesto a renunciar a ti.

Debbie decidió ser paciente. Tenía veinte años y unas ganas locas de vivir, y además apreciaba a Alan. Lo apreciaba como lo que Alan era. Un vecino ocasional, cabal y honrado, pero muy lejos de ser su amigo porque la vida de ambos, social y económicamente, discurría paralela.

Además, ella tenía novio. Pensaba casarse aquel mismo verano con Ernest Molden, un hombre magnífico, de su misma esfera social, con mucho dinero y una personalidad extremada.

—Alan... —empezó a decir—. Yo creo que estás un poco obcecado, ¿no? Papá no querrá ni escucharte. Tienes que darte cuenta de una cosa. Alan, y es de que, por mucho dinero que se tenga, hay barreras que nunca se pueden franquear. ¿Te das cuenta?

—Solo me doy cuenta de que te quiero y de que soy un hombre.

—De acuerdo. Nadie lo duda. Podrás casarte cuando gustes con una chica de tu igual. Pero yo... —aspiró hondo y caminó hacia su potro—. Yo... no podré nunca casarme contigo.

Alan dio un salto y se le puso delante.

—De repente noto que me miras como si fuera un gusanito.

La hija de *lord* Dawson se detuvo en seco, con un pie en el estribo del caballo.

Miró a Alan largamente, con conmiseración.

—Has roto algo bello. Alan —dijo secamente—. Además de faltarme al respeto, cosa que nunca creí posible en ti, me estás ofendiendo mucho con tu declaración.

—¿No soy un hombre como los demás? —gritó él, perdiendo la paciencia.

—Sin duda. Yo te digo que lo serás para miles de mujeres, pero hay otras miles para las cuales no eres nada. Entre estas últimas estoy yo. No tengo nada contra ti y espero que olvides este incidente. Estoy enamorada de un hombre y pienso casarme con él, pero aunque así no fuera... —lo miró de nuevo con cierto desdén que hirió profundamente a Alan Gorman—, no eres hombre para una mujer como yo.

Fue a saltar al potro, pero Alan la detuvo con un breve movimiento de su ruda mano.

—Lo cual quiere decir, que tienes a menos pensar en mí como posible esposo.

—Perdona, pero permíteme que te diga que así es.

—¿Porque soy un minero?

—Porque tu vida y la mía, repito, son paralelas. Nunca podrán encontrarse, excepto en esta parte del mundo casi olvidada de todos. No diré nada a mi padre —añadió, con una suavidad que ofendió aún más a Alan—. Ten por seguro que una vez monte en el potro, olvidaré este incidente.

—No es un incidente —gritó él—. Es una verdad que me acucia. Te quiero desde que te vi. Bastante hice que callé hasta hoy.

—Debiste callar siempre. Alan —gritó ella a su vez, con energía—. Debiste medir las distancias. Debiste respetarme. Debiste pensar que la hija de *lord Dawson* jamás podría casarse con un minero. Eso es. Ya lo sabes —lo miró sofocada—. Por favor —susurró, ofendiendo aún más el orgullo y la soberbia masculinas—. No quisiera hacerte daño. Ten por seguro que si te causa violencia esta situación, muchísimo más me la causa a mí. No quisiera haber salido esta mañana de casa, te lo aseguro. No esperaba, ¡oh, no!, ¿cómo iba a suponerlo? Ni por lo más remoto se me pasó por la imaginación.

—Me considerabas un amigo.

—Sí —dijo ella ardientemente—. Eso te consideraba, y ahora temo que...

—No quiero ser tu amigo. O soy tu marido o voy a ser tu más apasionado enemigo.

Ella rio.

Una risa un poco hueca, que causó en Alan una mayor rabia.

—De todos modos, Alan, tanto se me dará que seas mi enemigo. Nuestro ambiente es opuesto, nuestros principios paralelos, y en cuanto a nuestra vida social..., ya sabes. Pero te juro que no te guardo rencor.

—Cállate.

—¿Por qué? ¿Es que no comprendes?

Él no comprendía.

Solo sabía que su orgullo masculino estaba herido. Profunda y dolorosamente herido.

Se conocía bien.

Sabía ya que aquella muchacha nunca sería su mujer; pero también sabía que buscaría la manera de vengar la afrenta.

No habría fuerza alguna que le impusiera lo contrario. Costara lo que costara... él se vengaría.

¿De qué forma?

Lo ignoraba aún.

Era hombre de paciencia. Meditaba mucho. Sabía cuándo lanzar la zarpa. Ya llegaría el momento.

—Alan —susurró ella, riendo—. ¿Verdad que me has gastado una broma?

—Yo nunca gasto bromas de esta clase —murmuró reconcentradamente.

Debbie saltó al caballo.

Sentía perder un amigo como Alan, pero aún no había salido de su asombro por la osadía del minero.

Ya erguida en la silla, lo miró desde su altura.

Lo vio cuadrado, con el mentón enérgico apretado de modo brutal. Los ojos como fuego fijos en los suyos, la boca crispada y aquel dolor en sus manos, que parecía paralizarse allí.